



Descifrando el enigma del sexo: Pasividad femenina y dominancia masculina, una solución al problema del exceso¹

Jessica Benjamin, Ph.D.²

New York, USA

A través de este trabajo pretendo dar cuenta de las consecuencias del modo en que Freud planteó y resolvió “el enigma de la naturaleza de la feminidad”. En primer lugar abordaré brevemente las premisas acerca de la sexualidad sobre las que se basa nuestra teoría, y plantearé una interpretación intersubjetiva de la economía sexual. A continuación mostraré cómo el problema del exceso provoca la escisión entre actividad y pasividad, conceptos a los cuales recurrió Freud, muy a pesar de todas sus advertencias en contra de su equiparación con las posiciones de género. En este punto estoy retomando algunas de mis ideas respecto a la complementariedad de los géneros como consecuencia de la escisión. Planteo cómo la interpretación que Freud hace de la feminidad como giro hacia una actitud pasiva en relación con el padre puede leerse como la expresión de la actitud del niño varón edípico. Expresa la necesidad del niño edípico de encontrar un objeto que pueda contener la excitación y ocupar el lugar de la pasividad. Esta proyección de la pasividad sobre las mujeres, y muy especialmente en la figura de la hija, puede esclarecer el nexo entre las hijas histéricas con las que en un primer momento se encontró Freud y su concepto posterior de hija que debe trasladar su amor al padre para ser femenina. Desde una perspectiva clínica este trabajo muestra cómo la sexualidad, el exceso y la ansiedad deben ser entendidos en relación al apego y la necesidad de una figura materna contenedora que nos permita soportar y procesar tanto el deseo/excitación como el afecto y evitar resultar abrumados.

Palabras clave: Sexualidad Femenina, Complejo de Edipo, Freud, Apego, Figura Materna

In this paper I will try to show the consequences of the way Freud posed and solved “the riddle of femininity.” First I will consider briefly the assumptions about sexuality itself that inform our theory, proposing an intersubjective understanding of sexual economy. I will continue by showing how the problem of excess generates the split between activity and passivity which Freud--for all his warnings against equating them with gender positions--still took recourse in. Here I am following up on some of my earlier ideas of how the complementarity of gender is the effect of splitting. I show how Freud’s own interpretation of femininity as the turn toward a passive attitude in relation to the father can be read as the expression of the oedipal boy’s attitude. It expresses the oedipal boy’s need to locate an object who can contain excitement and can hold the place of passivity. This projection of passivity into women, most particularly, into the figure of the daughter, might explain the connection between the hysterical daughters whom Freud first encountered and his later notion of the daughter who must switch her love to the father in order to be feminine. Clinically the paper will show how we need to understand sexuality, excess and anxiety in relation to attachment and the need for a containing maternal figure to hold and process both excitement/desire and affect without being overwhelmed.

Key Words: Feminine Sexuality, Oedipus Complex, Freud, Attachment, Maternal Figure.

English Title: SOLVING THE RIDDLE OF SEX: FEMININE PASSIVITY AND MASCULINE DOMINANCE AS A SOLUTION TO THE PROBLEM OF EXCESS.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Benjamin, J. (2012). Descifrando el enigma del sexo: Pasividad femenina y dominancia masculina, una solución al problema del exceso. *Clinica e Investigación Relacional*, 6 (2): 187-203. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

La feminidad no es una “cosa” preexistente que resulta repudiada por el psiquismo masculino; sino que es más bien construida por él. La posición de la hija, en la cual la niña ejerce de contenedora, contribuye a reforzar a un sí-mismo masculino amenazado por la exclusión o la sobre-estimulación edípicas. Se podría afirmar que la posición de la hija es, en un doble sentido, la solución al problema de la pasividad sexual tal y como la representa Freud, a y cómo consecuentemente ésta viene a expresarse en el psiquismo masculino. Tal vez sea esta otra manera de mostrar por qué resulta imposible hablar de la feminidad como una “cosa”, separada de la masculinidad, dado que ambas son en verdad constructos creados en el mismo instante, para el mismo fin. Por último, sugeriré un otro procesamiento posible de la pasividad en una economía intersubjetiva que parta de la elaboración, y no del repudio, de las experiencias de exceso.

Una premisa subyacente en mi razonamiento es que la pasividad no es intolerable en sí misma; más bien al contrario, resulta con frecuencia placentera, aunque se vuelve intolerable cuando existe una falla en la autorregulación como consecuencia de respuestas deficientes del otro, respuestas varias que pueden conceptualizarse como sostén, contención y mentalización. Esta falla, inicialmente de índole intersubjetiva, genera la experiencia del exceso. Por exceso me refiero, en primer lugar, a una tensión mayor de la que puede experimentarse como placentera o incluso tolerable, especialmente por un psiquismo inmaduro. Uno de los objetivos de esta discusión es reconsiderar la experiencia de la pasividad a fin de realzar soluciones al problema del exceso que han sido infrarrepresentadas.

El problema del exceso

La noción de Freud del placer y dolor sexual hacía hincapié en cómo se busca dominar la tensión; él concebía una economía unipersonal en la cual el dolor se define como tensión excesiva. Pero, ¿qué es lo que la convierte en excesiva? Desde un punto de vista intersubjetivo, el placer y el dolor tienen lugar en una relación entre dos personas. Constituyen experiencias psíquicas que tienen que ver con el modo en que registramos las respuestas de un otro y con la forma en que ese otro nos registra. El dolor psíquico, en su aspecto intersubjetivo, se relaciona con fallas de reconocimiento y regulación, con una excitación que es provocada por respuestas inadecuadas o abrumadoras, y con una ausencia de mentalización. Sin el otro externo el sí-mismo originalmente indefenso no puede procesar ni la tensión interna ni la estimulación externa. Sin la contención que brinda la madre del dolor y la excitación el bebé no puede autorregularse. Pero éste es un proceso bidireccional: la autorregulación de la excitación y el afecto por parte del individuo y el proceso de regulación mutua son interdependientes (Beebe y Lachman, 2002); de manera que el estado de tensión interna de un individuo se encuentra inextricablemente ligado a la tensión intersubjetiva del reconocimiento mutuo entre el sí-mismo y el otro. El reconocimiento incluye no sólo respuestas gratificantes sino también aquellas que confieren significado, que sostienen el afecto a la vez que dan coherencia a las necesidades, intenciones y actos del sí-mismo.

Me centraré por tanto en el exceso como una consecuencia de fallas en el reconocimiento. Conforme desarrollamos una perspectiva intersubjetiva y reabrimos nuestra visión de la sexualidad, podemos considerar el modo en que el exceso deriva de reconocimientos deficientes, tanto específicos como estructurales: de la falta de reconocimiento interpersonal directo de la experiencia sexual del niño (Davies, 2000), así como de la sobre-estimulación general y el misterio concomitantes a la trasmisión de lo sexual en el “mensaje enigmático” (Laplanche, 1992; 1995). En la reformulación que hace Laplanche de la teoría de la seducción, el exceso que es la sexualidad siempre comienza con una comunicación inconsciente desde el otro -la sexualidad parental en tanto aún no comprendida por el niño. Laplanche sostiene que Freud fue demasiado concreto al pensar que la seducción debe ser o bien real, o bien imaginada, y no tuvo en cuenta la categoría del mensaje, la transmisión del afecto y la excitación sin seducción literal. En la visión de Laplanche el mensaje enigmático es constitutivo del inconsciente del niño. La sexualidad resulta inherentemente misteriosa porque el niño no puede comprender lo que el adulto quiere de él. Stein (1998) ha referido de forma detallada cómo el mensaje enigmático genera la intensidad del sexo, cómo lo excesivo nos lleva más allá de la representación, a una experiencia de alteridad y misterio.

Mi lectura del mensaje enigmático resulta algo distinta, porque me interesa distinguir con mayor claridad entre la alteridad que resulta misteriosa y aquella que es mistificadora: en el aspecto mistificador, la tensión afectiva que no pudo comprenderse, representarse o “vincularse” en el intercambio dialógico, aparece más adelante como originada en el sí mismo, como una fantasía unipersonal (una aparición real). A modo de ejemplo, Isabelle, sobre la que hablaré más adelante, nos cuenta sobre la excitación invasiva de la madre, bailando alrededor de la habitación mientras Isabelle tocaba el piano. Este mensaje sobre el estado interno de su madre, que reaparecía luego en las fantasías de Isabelle sobre sí misma, tornó confusos sus propios deseos: ¿eran de su madre o de ella? Las vicisitudes de la excitación y la capacidad de contener la excitación se encuentran relacionadas de modo complejo con los aspectos conscientes e inconscientes de la comunicación con un otro específico. Este aspecto relacional, como destaca Stein, desaparece en la concepción abstracta de Laplanche de los padres como “otros generalizados”.

El psicoanálisis ha desarrollado una elaborada comprensión de cómo el contacto corporal puede resultar equiparado metafóricamente en la fantasía con la penetración de la mente del otro, la experiencia de ser reconocido o sostenido. Los términos invasión y exclusión, el impedir la entrada o el ser encerrado, son muy frecuentes en el lenguaje psicoanalítico. Pero, ¿cómo contemplamos la etiología de la excitación sexual no contenida e incontrolable? ¿Cómo cambia nuestra visión del exceso cuando concebimos la sexualidad a la vez como motivación y como vehículo de expresión? Podemos pensar en la sexualidad como medio de expresión de mi necesidad de entrar en ti, o de que entres tú en mí; pero a la inversa, podemos pensar que la experiencia de la excitación genera o intensifica la necesidad de entrar, como si la situación pudiese traducirse así: “Ayúdame a contener esta tensión; déjame colocar esta tensión dentro de ti”.

Analizaré el problema de contener la excitación de los pacientes, especialmente de los

hombres, cuya sexualidad se desarrolló en respuesta a la falta de predictibilidad, sobre-estimulación y abandono temprano de la madre. El último estrato de la seducción y la traición se encuentra sobreimpuesto a una experiencia anterior de haber sido dejados solos a la hora de enfrentar los estímulos internos y externos. Estos hombres se presentan como pacientes necesitados de contención, pero temen que si son sostenidos en la mente de la terapeuta, se volverán su objeto, y serán utilizados para absorber sus ansiedades. Un paciente regaña a su terapeuta por no “mostrar ni una puta emoción”. Otro objeto que incluso su respiración es señal de que ella está preocupada de sí misma, demasiado excitada, intrusiva, demasiado viva. Una madre viva, un sujeto maternal deseante, es una amenaza porque puede seducir y abandonar, abrumar y sobre-estimular, y después dejar caer. Pero la madre muerta, que abandona y falla en la contención deja, del mismo modo, al hijo solo, tratando de calmarse a sí mismo con la fantasía de controlar el objeto que en última instancia apaga y bloquea su propio deseo.

Quisiera ahora continuar con la elaboración del modo en que ciertas cuestiones sobre apego, el problema de la regulación del afecto que he planteado como exceso, se vuelven de género; cómo el abandono y la sobre-estimulación se mezclan con representaciones de masculinidad y femineidad.

La inclusión de consideraciones intersubjetivas no excluye la noción de la perspectiva intrapsíquica, pero sí delimita el lugar de lo intrapsíquico. El afecto no procesado ni digerido puede, a falta de un otro transformador, ser aún así procesado de modo intrapsíquico mediante formas de excitación sexual, en mayor o menor grado dissociadas de otras experiencias afectivas. Las fallas en la contención afectiva pueden ser reelaboradas y traducirse en tensión sexual, más que estar reflejando algún modo de transmisión interpersonal de contenido sexual inconsciente. Como lo expresa Stein, “parece que el organismo humano cuenta con la capacidad de [utilizar la sexualización para] manejar el exceso... en otras palabras, la sexualización es una capacidad, un logro positivo...” (pág. 266).

Si la sexualidad proporciona un registro alternativo para procesar la tensión, operando en lugar del otro externo o como sustituto de los procesos comunicativos y simbólicos, esto sólo puede suceder en virtud de una escisión en el sí-mismo. Sobre todo, al escindir la mente y el cuerpo, el sí-mismo puede desempeñar dos papeles, con el cuerpo como contenedor de la experiencia que la mente no es capaz de procesar simbólicamente. El cuerpo puede emplearse como una parte del sí-mismo alternativa para sostener y descargar la tensión de la experiencia escindida con los otros significativos. El afecto doloroso y la excitación abrumadora que quedan sin procesar y sin representar en el diálogo comunicativo pueden representarse en la fantasía sexual y luego descargarse físicamente.

De esta forma mi paciente Isabelle, a quien ya he descrito en otro trabajo, recurrió desde su niñez temprana a actividades y fantasías autoeróticas desesperadas para procesar el “mensaje enigmático” de su madre. Isabelle fue derivada al análisis por un médico a quien ella había consultado porque temía que sus prácticas sexuales, que consistían en introducirse objetos duros en la vagina, la hubieran dañado. Sentía que su madre había sido

intensamente sobreestimulante, habiéndole transmitido una excitación y ansiedad enormes, y utilizando a Isabelle como contenedora de su propio exceso. Inicialmente Isabelle decía que deseaba que yo fuera más estimulante y se quejaba de no entender porqué yo no era más directiva. En una sesión expresó el deseo de que yo dijera “algo realmente sagaz”, como el analista consultor que la derivó, cuyos comentarios eran “sorprendentemente agudos y profundos... e iban a lo más hondo”. Su agitación se calmó un poco cuando articulé su temor de que yo no tuviera la potencia suficiente para penetrar en ella y manejar su sexualidad, de que su sexualidad me abrumara. De hecho, Isabelle sentía que sólo si yo entraba en ella y la estructuraba con mi mente, conteniendo la tensión que había abrumado la suya, podría estar a salvo.

En la sesión siguiente comenzó a describir sus actividades autoeróticas compulsivas, que se habían iniciado en su niñez temprana. A medida que se fue haciendo mayor, sintió que iba asumiendo el papel de su madre en su fantasía sexual, integrando en su experiencia sexual los ataques y regañinas que recibía de ella. Decía que trataba de hablar con su madre, “pero cuando sí me abría, ella me atacaba, y yo me sentía culpable, como si hubiera provocado su ataque por haber querido hablarle... Si yo me abría demasiado me atacaba, así que tal vez adopté el papel de mi madre empujándome. De hecho, cuando me masturbaba, y aun hoy, pero quiero decir entonces, una voz poderosa que asumo como mía me dice que tengo que hacerlo, y entonces me sobreviene un estado de orgasmo: ‘Vas a hacerlo’. Era como la ama y la esclava... existía una división gigantesca entre los dos aspectos, una voz indescriptible dotada de pleno control contra una que simplemente quería. Yo sólo podía abrirme a mi propia voz interior, no podía hacerlo con nadie más. Una está en el terreno de cualquier otra persona”.

Isabelle describe, en efecto, cómo ha creado en sí misma una complementariedad escindida cuerpo-mente: por un lado el activo, el que realiza, aliado con la mente observadora; por el otro el sí-mismo del cuerpo pasivo que debe sostener un estado de excitación, que conduce a la disolución del sí-mismo. El amo activo está descorporeizado y el sí-mismo corporeizado se pone a su servicio o se somete a él. Todo esto dentro de la omnipotencia de su propia mente, que no consigue atreverse a permitir al otro entrar. El otro es peligroso, tanto por no permitirle la entrada (como recuerda que hacía su madre cuando nació su hermano), como por irrumpir violentamente dentro de ella (como la propia Isabelle podría haber querido hacer, en estado de furia por haber sido dejada afuera). En ausencia de la regulación intersubjetiva por parte del otro, el cuerpo sexual excitado se convirtió en un elemento de contención escindido para un dolor no representable y para la agresión. Tanto la de su madre como la suya propia, así como la ira que experimentó al inicio de su adolescencia, y que tuvo vedado volver contra su madre. Sólo después de esta confesión de sus angustias básicas, Isabelle experimenta por vez primera, al comienzo de la siguiente sesión, un momento de silencio, un espacio, una presencia que no es invasiva. Es decir, pudo imaginar ser sostenida en forma segura en la mente de otro, sin penetrar ni ser penetrada, de manera tal que se regulase su tensión interna.

La historia de Isabelle ilustra una díada madre-hijo en la cual el exceso se procesa mediante la sexualización, mediante la fantasía que de forma explícita toma al cuerpo como contenedor de lo insoportable. Esta sexualización cobra la forma bien conocida de complementariedad entre el que hace y el que es hecho, puesta en acto en el mundo de la fantasía intrapsíquica, podríamos decir, dentro de la economía sexual monádica. Un vaivén fantasmático de actividad y pasividad. No hay penetración mutua de mentes, sino una fantasía de uno poderoso que hace y “aquel que se somete”. Podemos entender esta falta de conexión intersubjetiva como una perturbación en la relación de apego que resulta en sobreestimulación y sexualización –su excitación incontenida deriva en una sexualidad perversa.

La regulación de la tensión en ausencia de sostenimiento intersubjetivo y apego seguro se produce a través de la descarga corporal de la tensión –en ocasiones de forma compulsiva, como en el caso de Isabelle. Esto supone el uso del cuerpo para resolver el problema del exceso mental, aquel que no puede ser sostenido en el espacio mental creado de un modo dialógico. Una comprensión psicoanalítica intersubjetiva de la energía como un fenómeno psicológico, mental, no se refiere únicamente a la regulación de la tensión dentro del individuo, sino que incluye la transmisión de la tensión y su regulación o reconocimiento a través de la comunicación entre individuos. En otras palabras, podemos pensar en términos de economía tanto intrapsíquica como intersubjetiva, que interactúan entre sí. Los estudios sobre la infancia y sobre la teoría del apego han elaborado el concepto de organismos que comparten información y señales como base para entablar una conexión y para que se produzca alguna clase de transformación energética dentro del sí-mismo (p. ej., Sander, 2001).

Un tipo de interacción entre ambas economías que se observa a menudo consiste en aquel individuo que, a fin de regular su propia tensión, actúa sobre el otro en lugar de con el otro (bien sea mediante una comunicación consciente o inconsciente). En los casos en que el fracaso de la comunicación intersubjetiva ha resultado ya en un exceso no mentalizado, como sucede en el pasado de Isabelle, la acción a menudo está orientada sólo a la descarga. La ausencia de un otro sostenedor o mentalizador, que anteriormente quizá sí estuviera presente, se expresa en forma de una sexualidad dirigida a la descarga de la tensión. Me parece que esas actividades –como cuando un adulto utiliza a un niño para contener su energía o tensión sexual– constituyen una dimensión importante del mensaje enigmático de Laplanche que, como él mismo sugiere, debe distinguirse de la seducción concreta.

Pasemos a considerar cómo las experiencias que definimos en términos de masculinidad y femineidad, y sus correspondientes apelaciones a nuestros impulsos a la actividad o pasividad, pueden originarse en el problema de la transmisión y del procesamiento del exceso. En el área del exceso, la actividad y la pasividad pueden generar un ciclo vicioso en el cual el otro se experimenta como aislante, excluyente, no contenedor, de este modo estimulando la invasión. Recientemente, observando la extraordinaria escultura de Bernini que representa a Apolo y Dafne, me sobrecogió la impotencia del dios masculino, que actúa su desesperada ansiedad de asir, así como la desesperada huida de la joven que lo evade, transformando su cuerpo en dura corteza, al tiempo que sus brazos se alejan hacia arriba y se van convirtiendo en ramas. ¿En qué medida nuestras mitologías de los sexos, antiguas y

presentes, habrán cobrado forma sobre la base de esta dinámica de la invasión y la repulsa, del ser dejado fuera y de la lucha por entrar?

En este contexto, reformulemos la idea de Freud de la seducción en tanto experiencia traumática de indefensión frente a la sobreestimulación por parte del otro. A mi juicio, esta experiencia del exceso lleva a una escisión entre una parte activa del sí-mismo (fálica, mental) y una parte pasiva (contenedora, corporal). Podemos ver que la construcción de lo que Freud entendió por feminidad refleja en realidad la solución masculina al problema del exceso.

En primer lugar, consideremos de qué forma la descarga de tensión se asocia con la actividad y adquiere un significado genérico masculino. Como ya he expuesto en otros trabajos, la lectura de un artículo de Christiansen (1993) sobre el trabajo de Freud “Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa” me inspiró una mayor comprensión de este proceso. En dicho texto Freud observaba cómo la posición obsesiva de la actividad defensiva es la forma característicamente masculina de hacer frente a la sobreestimulación; rescata al niño de la posición de pasividad, que es a la vez intolerable y femenina. Ciertamente, Christiansen sugiere que no es que la masculinidad genere este repudio de la pasividad en favor de la actividad defensiva, sino que es constituida por dicho repudio. En la misma actuación defensiva, a medida que la psique masculina expulsa la pasividad, crea lo que se denomina feminidad como un objeto proyectado que absorbe lo que es expulsado.

Ahora bien, este movimiento constituye una clave para decodificar la sexualidad fantasmática que infunde las posiciones de género organizadas en el complejo de Edipo. En la situación edípica, el niño varón tiende a sentirse sobreestimulado por su propia sexualidad y la de su madre, por el mensaje de ella y su propia respuesta no simbolizada. Al mismo tiempo, se encuentra cautivo de una desidentificación con la madre que a menudo conlleva severas sanciones, en tanto el que los niños varones se aferren a sus madres es motivo de vergüenza y humillación. Muchas fuerzas, incluyendo su propia sensación de necesitar separarse, estimulan el anhelo del niño por la madre, si bien le imposibilitan volverse hacia ella para obtener contención. De este modo la experiencia de ser abrumado y abandonado pasivamente puede ser defendida mediante la proyección. El niño varón establece su propia actividad al proyectar en el otro la experiencia de ser el pasivo, lo que crea la complementariedad escindida.

Desde mi punto de vista, esta posición de ser estimulado de forma pasiva –asociada a la posición del bebé- ha sido depositada tradicionalmente por la mente de niño varón edípico en la imagen del objeto femenino. Esta visión se corresponde con la imagen clásica de la hija, que Freud insistía debe volcarse sobre el padre. Aquí vemos la lógica de la insistencia de Freud en que este vuelco es lo que define la feminidad. Por supuesto, Horney ya había destacado que la teoría de Freud de la feminidad reproducía exactamente el pensamiento del niño varón edípico. Pensamiento este que realiza un doble movimiento: la hija, en su condición de objeto femenino pasivo, se convierte ahora, mediante una equiparación simbólica, en receptáculo para la descarga activa del sí-mismo; y representa (mediante identificación proyectiva) el sí mismo sacrificado masoquista cuyo impulso sexual se dirige hacia dentro. Ella albergará y absorberá una tensión inmanejable, como una madre contenedora, sólo que más controlable.

La parte de la madre con la que se identifica el niño y que recodifica como masculina-fálica es la actividad de ella, por ejemplo su control anal. Lo que él a menudo aborrece es la sexualidad de la madre, sus órganos: de ahí la desmentida de la vagina, que Freud asumió como normal.

La construcción de la feminidad y la posición de la hija en la “mente del niño varón edípico” operan culturalmente; fueron instituidas por el patriarcado y evolucionaron a lo largo de la extensa historia de éste. No puedo arrogarme la capacidad de describir la manera exacta en que se crean y se transmiten, pero considero que vemos residuos de este proceso en la historia del psicoanálisis, así como y en muchas y frecuentes representaciones clínicas. He denominado a esto “la posición de la hija”, por su transmisión a través del padre, como se aprecia en las hijas histéricas de los famosos casos de Freud. Pero quizá sería más adecuado denominarlo “la posición de la hermana”, en tanto es percibida lateralmente como el papel de la hermana menor por el niño edípico. Dichas posiciones no sólo contribuyen al repudio que hace el niño varón de la madre, sino que también sirven como modelo para el “vuelco hacia el padre” de las niñas, permitiéndoles separarse de su madre. En este sentido decía Freud que la relación complementaria con el padre, y no la identificación con la madre, constituye la feminidad. No se trata de que la identificación y el amor que siente la niña por la madre sean reemplazados, como sugirió Freud al hablar de un cambio de objeto, sino que se ve modulado de distinto modo si la niña se imagina a sí misma como el objeto pasivo del padre. En muchos casos, la aceptación de la feminidad parece marcar o definir la trayectoria de la niña hacia el mundo de los hombres. Por supuesto, como destacó Dinnerstein, la huida femenina de lo maternal puede convertir la liberación en otra forma de servidumbre.

La posición femenina puede mezclarse con otras posturas contradictorias: la mujer marimacho, rebelde, seductora o la ayudante de la madre. En este punto sólo quiero destacar cómo la figura de la hija femenina funciona, y en cierto sentido se origina, en la psique masculina: para absorber la posición del bebé desvalido y estimulado, y retener la función de la madre temprana, contenedora y protectora. Desafortunadamente, en tanto la hija corporiza la sexualidad, escindida y desvalida del varón, puede ser abrumadoramente estimulante para un hombre adulto, y de este modo la solución repite el problema para el padre que es estimulado en forma incestuosa.

Pero, ¿qué sucede con la niña que elige este camino, de ocultar su pérdida y su anhelo por la madre, adoptando una forma hiperfemenina y precozmente sexualizada? Isabelle, sintiéndose a la vez no amada y controlada, huyó de su madre en su primera adolescencia manteniendo relaciones sexuales con muchachos detrás de la pista de patinaje. Lanzándose a los brazos de los hombres, repudiando la identificación con la madre, una niña así puede sentirse de igual modo confusa en su búsqueda de liberación a través del padre y de sus amantes masculinos. *En las historias que Freud inicialmente documentó en sus Estudios sobre la Histeria, sobre Dora y Anna O., se da una relación entre los servicios de la hija al padre como sustituto de una madre contenedora.* Este vínculo entre padre e hija, en el cual el papel de la niña consiste en hacer de madre para el bebé escondido en el padre, alterna con aquel en que la niña representa el sí-mismo-niño perdido del hombre. Encontramos además en la fantasía masculina una identificación con la niña como niño desvalido. Cuando esta identificación es

sexualizada de forma imperiosa, adopta la forma cada vez más frecuente del abuso.

El papel femenino consiste en corporizar la experiencia no deseada, temida de un modo primitivo, de la sobreestimulación desvalida, y convertirla en una invitación excitante – invitación sobre la cual, para alivio de hombres y mujeres, el falo puede actuar, controlándola y estructurándola–. La estructuración fálica era la función del amo en las fantasías autoeróticas de Isabelle, que controlaba lo que de otro modo abrumaría al sí-mismo. Pero este papel fálico conlleva sus propias contradicciones. La descarga en el otro, si bien es ostensiblemente activa, también se vuelve reactiva. Por ejemplo, la eyaculación precoz expresa el temor a ser sobrepasado por la tensión, personificada en el objeto. Contener su propia excitación mediante el control fálico puede ser una tarea difícil, y sin control fálico, la descarga significa una debilidad femenina: la disipación en el sí-mismo-contenedor del niño pequeño que no puede lograr el control fálico del padre. La catástrofe de estar sobreexcitado y sin contención se torna genérica: implica la emasculación. La lucha para salir de esta posición activa aún más la desesperación de no llegar nunca a satisfacer las necesidades infantiles en una relación de apego a una figura materna o paterna (hombre o mujer).

Podemos relacionar la determinación que Freud documentó de mantener en funcionamiento este repudio de la feminidad y pasividad no asumida, a los esfuerzos por usar la masculinidad para manejar el exceso –esto es, la falta de regulación que se origina en una contención fallida- ya sea por sobre-estimulación o por falta de contención. La desidentificación que se encuentra en la base de la humillación por parte del padre y la amenaza de ser señalado como un niño llorón y defectuoso puede impedir la integración de todo lo consolidado bajo el manto protector de las funciones de acomodo maternal –receptividad, sostén, y auto-regulación. Esto sólo puede ser compensado, siguiendo el esquema de Freud, haciendo del pene el único y poderoso contenedor de la descarga. Pero el peligro es que al aceptar el ideal fálico inalcanzable como un significante de su propia falla, se sienta humillado, feminizado, e incapaz de lograr el amor vital y el reconocimiento por parte de su padre. El problema de ser sostenido, de ser contenido en el propio exceso, es expresado por significantes de género como un problema de identificación masculina y femenina y de órganos.

Como Corbett señaló en su crítica del Pequeño Hans, el énfasis de Freud en el uso narcisista e ideal del falo contribuyó a la disociación y evitación de la constelación familiar real –los aspectos temidos de la relación con la madre quien golpeaba a la hermanita y le abandonaba a él. Nosotros preferimos expresar la relación entre la fantasía sexual y el apego en una formulación que incluya estas relaciones reales. El problema de ser sostenido, de ser contenido en el propio exceso, es expresado a través de los significantes de género como un problema de identificación masculina y femenina y de órganos.

Para Leo, paciente de Atlas-Kochs, el análisis de sus dificultades de apego pasa por la sexualidad y las posiciones de género. Leo tiene la desafortunada posición de ser el hermano pequeño de cuatro hermanas mayores, que parece que le hacían sentir inferior –quitándole su defensa masculina- y por una madre que lo dejó en favor de un hermano pequeño. Este hermano podía usar su conexión con la madre para asentar su posesión masculina de objeto

de un modo que a Leo siempre le fue imposible. Sin tener una seguridad en sus relaciones de apego cuando era bebé y sin habilidad de defender su masculinidad al no ser “el hijo de mamá”, Leo renunció a su deseo. Sueños repetitivos de una mujer que lo llamaba y después lo dejaba, revelaron como se había sentido al tener una oportunidad pero haber “fallado”, y de esa manera haber perdido el objeto de amor. Desde entonces aprendió que uno tiene que tener mucho cuidado porque si da un paso en falso, uno puede perder al ser amado. Leo hablaba de la prohibición que se imponía sobre su excitación sexual y sobre tener placer al jugar con los pechos (entendidos como el pecho simbólico y el pecho real). Sentía que siempre tenía que estar listo para cuando llegara el momento en que el pecho apareciera pudiera estar activo y gratificarlo chupando de él. Esta función activa entiendo que es un tipo de renunciación prematura de la pasividad de la posición del bebé, que puede desagradar a la madre, ya que sólo tiene paciencia para el hombre activo pero no para el bebé. Lo cual quiere decir que tiene que estar en un constante estado de deseo, o sea, tolerar su propia tensión interna sin ayuda. Para él esta es la esencia de la masculinidad. “No debo jugar por el juego mismo, debo abrir mi boca, tragar, llenarme, coger la pelota. Si no estoy hambriento es que no soy un hombre, porque los hombres tienen hambre todo el tiempo y cualquier hombre de verdad ya hubiera tenido sexo con ella” La premisa consiste en que un hombre de verdad no debe tener necesidad del pecho sino que debe controlarlo. De esta manera Leo convierte en una lucha de género la experiencia traumática de tener que manejar su propia excitación sin ser sostenido, regularse sin una regulación mutua y de que primero le ofrezcan el pecho para después quitárselo; ser seducido y después abandonado.

Por supuesto esperaríamos que esta amenaza de ser desechado por cualquier cosa se convirtiera en un intento por controlar a la terapeuta, volverla una fuente de estimulación que al mismo tiempo es vivida como una invasión. Este tipo de complementariedad puede resultar fácilmente en un impasse, y la pareja terapéutica parece estar al borde de esto en muchos momentos. Leo le dice a la terapeuta al inicio de la sesión que tiene problemas con su forma de respirar, especialmente si respira profundo. “Estás respirando”, le señala con molestia ocasionalmente. “Esto quiere decir que estás preocupada contigo misma”, y añade: “Quizá este tipo de respiración es porque no lo estás pasando bien y necesitas tomar aire”. Más adelante le señala que seguramente “es demasiado para ella” y que seguramente ella se irá pronto.

Inicialmente Atlas-Koch reporta que, aún entendiendo el miedo de su paciente y su deseo de escapar y de tomar aire, ella misma estaba perdiendo su propia regulación por la intrusión de Leo en su forma de respirar, y en ciertos momentos pensó efectivamente en alguna manera de deshacerse de él.

Leo está inmerso en una relación primaria madre-infante que ha perdido prematuramente, y tiene múltiples posiciones en relación a esa díada: en ciertos momentos es él quien quiere al niño y se siente atraído por los cuerpos suaves y juveniles de los hombres. La pregunta de cuál era el deseo de Leo, si era hetero u homosexual se mantuvo sin resolver durante muchos años. Como también el porqué quería acostarse con mujeres pero cuando se sentía rechazado se consolaba masturbándose mientras veía pornografía gay. Consideraban

que su deseo inconsciente por lo que había perdido le hacía crear una fantasía sexual que tenía que ver con la suave piel de un niño, la piel de bebé que él perdió cuando nació el nuevo bebé. Desde el momento en que perdió el cuerpo de bebé también perdió el cuerpo de su madre. Parte de esta fantasía³ tiene que ver con fusionarse con el hombre añorado, ser él el bebé amado. Esto es lo que hace cuando se siente vulnerable y solo. Leo dice que este es su consuelo ya que de esta manera puede eyacular y sentirse seguro.

Resulta significativo que para Leo no haya una hermana o hija en la posición clásica, sobre la que depositar sus sentimientos peligrosos de incapacidad y vulnerabilidad. Como la posición femenina es una posición infantil, no sabe cómo resolverla siendo un niño con una mujer o con una niña, ni tampoco siendo un niño con un hombre. Sin embargo, los modelos de Leo continúan organizados de un modo tradicional mientras trata, de manera velada, de expresar su deseo por una mujer contenedora.

El punto de inflexión en el tratamiento de Leo se produce al final del primer año cuando Leo ataca a Atlas-Koch, diciéndole que ella busca demostrarle su valía. Le dice que ella tiene un complejo de padre exactamente igual al de las hermanas mayores de él, y que lo que ella está tratando de demostrarle es que es tan valiosa como un hombre, que puede pensar como tal. Al escucharlo, Atlas-Koch entiende que aún cuando ciertamente sus observaciones contienen muchas proyecciones y se basan en nociones estereotipadas de masculinidad y femineidad, hay algo de cierto en lo que dice. Su relación con él es defensiva, casi carente de sentimientos de ternura; se siente dura y constreñida. Ella dice, “uso mi mente, constantemente pensando, esforzándome por mostrarle que sé. Supongo que mi comportamiento, que él siente como masculino, es uno de mis modos de sobrevivir en la relación con él, no siendo demasiado “femenina”, ni pasiva, ni necesitada, ni alguien que puede ser penetrada y atacada”. Le dice que le gustaría averiguar con él porqué en la relación entre ambas partes femeninas de ella no pueden surgir. Comienza a entender que esta debe ser la manera en que evita sentirse atemorizada por él.

En cierto momento ella comparte estos pensamientos con él y le pregunta si cree que es posible que él también tenga miedo de que ella le ataque y le haga daño. Él dice que sí, que tiene miedo de exactamente las mismas cosas que ella. Atlas-Koch acepta que ambos tienen miedo y que su propio modo de protegerse no es verdaderamente efectivo, ya que al igual que las otras mujeres en su vida, ella también le transmite que en cualquier momento le podría humillar, y que la única manera de no ser herido es ser lo que él denomina “un hombre”. En otras palabras, mantenerse en la posición activa y consciente es la única defensa posible frente a la posición de incapacidad y necesidad, y aunque ésta sea la posición de sus hermanas mayores, sigue codificada como masculina mientras que su propia vulnerabilidad es femenina. Se produce así un entendimiento mutuo entre terapeuta y paciente basado en intercambios anteriores, en donde “un hombre” es alguien que piensa y no siente, que es activo y controlador y no pasivo y sumiso, penetra y no es penetrado. Cuando Atlas-Koch le dice “los dos estamos alerta porque ambos creemos que podemos hacernos daño”, ella le ve por primera vez suspirar de tranquilidad. Por vez primera tanto terapeuta como paciente sienten que tienen espacio suficiente como para respirar tranquilos.

La relación terapéutica va desarrollándose lentamente hasta un punto en que ambos confían lo suficiente en el otro como para sentir que van a poder sobrevivir a los sentimientos del otro, tolerar sus “equivocaciones” y las de ellos mismos. Él se permite no hacer lo correcto, “perder la oportunidad de coger la pelota”, y aún así seguir siendo hombre, confrontando sus creencias internas de que sólo tiene una oportunidad antes de perder algo o a alguien. Y la terapeuta puede darse un respiro y malgastar sus oportunidades de “pillarlo”.

He tratado de mostrar cómo el miedo a la excitación sexual dentro de una relación adulta surge de fracasos intersubjetivos en los sistemas diádicos originales que resultaron en experiencias de exceso. Estos fracasos han de ser reactuados como rupturas y reparados en el tratamiento. La vivencia de que el otro está física o mentalmente ausente, que resulta en dolor, pérdida o desbordamiento excesivo, se ve compensada activamente por la experiencia de que el analista sobrevive y contiene el exceso en su subjetividad reflexiva y emocional.

El problema de ser oído y sostenido, de ser contenido en nuestro exceso, se expresa mediante significantes de género como un problema de identificaciones masculinas y femeninas. Por tanto la vergüenza como trauma por no ser “correcto” en un sentido de género se vuelve un problema central en la acción clínica, y el trabajo a través de dicha vergüenza requiere que el terapeuta lo tolere con el paciente, esto es, permita que le sean atribuidos los aspectos potencialmente vergonzosos del deseo. Atlas-Koch hubo de tolerar ser expuesta en su autoprotección como una postura “masculina”, posición que Leo ocupaba de forma incómoda en su fracaso de vivir de acuerdo a las expectativas de su padre, para que no se avergonzase por sus deseos de bebé que quiere una madre real, a cuya ternura él pueda tener acceso de un modo seguro y confiable.

Regresando a Isabelle, su deseo era que yo contuviese su exceso, pero creía que yo nunca lo haría. Isabelle se sentía forzada a ser contenedora de su madre, debía procesar reacciones maníacas a la ansiedad que se experimentan como una invasión de objetos peligrosos. Para ser una hija que rechazaba furiosamente esta posición, de un modo u otro no podía sino asumirla una y otra vez con los hombres, provocando así la ira de su madre, una condena que espera también de mí. Se convertía en la hija que elegía ocultar la pérdida y añoranza de su madre, así como su necesidad de complacer a su padre adoptando el papel que él quería que ella asumiera: contener a la madre difícil. Sintiendo al mismo tiempo no amada y controlada por su madre, adorando a un padre inaccesible, se protegía de su madre en la adolescencia repitiendo con muchos chicos esa sobre-estimulación.

Isabelle permite la invasión por parte de los hombres que representan a su madre intrusiva pero también al padre que añora y por quien espera ser sostenida y que le dé seguridad. Isabelle fue mistificada al haber absorbido todos los aspectos de desamparo vergonzoso que su madre vertió sobre ella, así como por la insistencia de su padre de que protegiera a esa madre aún cuando él no la estaba protegiendo a ella –lo que me recuerda a las primeras histerias de Freud, que contenían lo que la familia no podían sostener. De esta manera no sólo su madre fracasa en ser una figura de apego que contiene, sino que su padre, más cariñoso, la traiciona.

En una experiencia más o menos paralela a la relación entre Atlas-Koch y Leo, experimenté con Isabelle cómo la vivencia del niño sobre el cual la madre vierte su angustia y vergüenza conducía a un apego inseguro de su parte, en el cual yo era percibida como débil, fallida e incapaz de contener sus peligrosos sentimientos excesivos. En vez de estar en contacto con su miedo a la descarga, como Leo cuando temía a la respiración, la estrategia de Isabelle había consistido en demostrar su capacidad de aguantar cualquier dolor, cualquier tipo de penetración o invasión. Por ello me desafiaba a que fuera lo suficientemente fuerte como para penetrarla, y tras sobrevivir a este reto pudo hacer suyo el espacio que le rodeaba y finalmente respirar.

Desearía añadir que el espacio para respirar que pudo encontrar Isabelle no se desarrolló lo suficiente como para tolerar los errores o las fallas de mi parte, como descubrimos posteriormente, porque yo no había encontrado el modo de crear un tercer espacio de reflexión compartida sobre los sentimientos y acciones con mi paciente. Debido a que el tratamiento tuvo lugar muchos años antes de que se desarrollara el pensamiento relacional sobre *enactments*, me sentía a menudo paralizada por sus ataques en la transferencia, parecidos a los de su madre. Como estaba demasiado ocupada tratando de contener mis propias reacciones, sin poder admitir mi miedo o reactividad como hizo Atlas-Koch con Leo, no logré encontrar el modo de hablar sobre esto. Como consecuencia, a menudo me disociaba en un intento por sentir que su enfado y su patrón de apego inseguro no me afectaban, intentando enmascarar y dominar una sobre-estimulación no procesada en mí misma.

Procesar el exceso creando un espacio de regulación mutua es el reto en este tipo de diadas terapéuticas. Observamos cómo en el caso de Leo lo erótico puede ser integrado en la relación terapéutica cuando el trauma, la pasividad y el dolor psíquico son integrados en la relación entre el sí mismo y el otro. Esto sólo se produce una vez la terapeuta reconoce su búsqueda defensiva y se pone en una posición de apego inseguro en respuesta a los señalamientos de Leo en cuanto a su respiración. Ella se mantiene permanentemente en una posición de estar potencialmente equivocada, de dar un paso en falso y ser soltada o humillada por el otro. Su respiración significa una vergonzosa excitación que no debe ser expuesta, pero que no puede ocultar. En este sentido potencialmente se mantiene en la posición femenina, de sentirse expuesta y sosteniendo las necesidades del bebé extruido, a no ser que se defienda con la actividad masculina del pensar.

Al hacer esto logra conectarse con el fracaso traumático en el área intersubjetiva de la regulación mutua, y gradualmente modular el ciclo destructivo por el cual el sentimiento de ser demasiado –exceso– conduce al peligro en la relación analítica: la analista se auto-protege y está en riesgo de cerrarse, excluyendo y dejando de contener al paciente en su mente, por miedo a su agresión. Espero haber podido demostrar la importancia de unificar las ideas sobre regulación de la tensión, del exceso y del apego, dentro de un marco intersubjetivo de fantasías compartidas sobre la masculinidad, la feminidad, y sobre quién va a contener a quién. Vemos como podemos identificar fantasías relacionales compartidas del tipo: “soy demasiado para ti, temo que me avergonzarás o me abandonarás”, que tienden a rebotar

entre paciente y analista y que asumen una apariencia de género.

El terapeuta debe de sobrevivir a la destrucción para poder convertirse en un ser separado en el sentido más mínimo, esto es, para que se le permita respirar. Sin embargo, resulta que el único modo de lograrlo implica no sólo tolerar el ataque, sino especialmente el compartir de un modo intersubjetivo sus propias reflexiones acerca de su miedo y el que ha de estar reflejando sobre el paciente. Al admitir lo cierto de la reflexión que sobre ella hace él, en cuanto la distancia a la que se mantiene, y revelar esta parte de su experiencia, consigue contener tanto su propia ansiedad como la de él; mentalizándola, situándola en el dominio del tercero en lugar de tratar de empujarla de vuelta al interior de su paciente. La creación de este espacio compartido de terceridad sostiene el sentimiento de miedo, permitiendo detener ese trasiego de complementariedad consistente en empujar la “patata caliente” de la ansiedad o la excitación sobre el otro. Teniendo en cuenta que soportar la ansiedad del otro cuando se encuentra renegada y es empujada a entrar, ya sea en forma de excitación sexual o del miedo mismo, puede considerarse la posición de la hija por excelencia, Atlas-Koch la deconstruye al analizar su propia resistencia a asimilarla.

El paciente que siente que es demasiado, en términos de agresividad, para su analista, es alguien que está demasiado aterrado de la debilidad como para poder mostrarse necesitado como un niño de la figura contenedora de su madre, con miedo a gritar y no ser escuchado. Cuando el analista también se encuentra desregulado por la puesta en acto de esta fantasía de ser demasiado, ¿cómo va a poder procesarlo? Este caso ejemplifica un enfoque relacional proponiendo la valiente postura que la terapeuta adopta al tomar la ansiedad del paciente y al mismo tiempo experimentar sus propios sentimientos de ansiedad. Reconocer su propio retraimiento defensivo y el miedo que lo motiva le sirve para contenerlos dentro del espacio intersubjetivo y no evacuar sobre él la ansiedad que sobre ella se refleja, dándole así al paciente la oportunidad de hablar de aquello que antes resultaba imposible de expresar: él también tiene miedo. De esta manera la comunicación intersubjetiva comienza a contener aquello que antes era experimentado con terror, como un estado interior de aislamiento en donde uno se ve absolutamente sobrepasado por el otro, o bien excluido totalmente. Esto permite conectar con el fracaso traumático en el área intersubjetiva de regulación mutua, e ir gradualmente modulando el ciclo destructivo por el cual lo demasiado de la excitación conduce al peligro, tanto dentro como fuera de la relación analítica. Observamos también en este proceso una forma de elaboración de los traumas de género y de apego, así como de la vergüenza que los acompaña, mediante el esfuerzo por integrarlos a través del espacio intersubjetivo de la comunicación.

REFERENCIAS

Aron, L. (1995). The internalized primal scene, *Psychoanal. Dial.*, 5: 195-237.

Bassin, D. (1996). Beyond the he and she: Toward the reconciliation of masculinity and femininity in the postoedipal female mind, *J. of Amer. Psychoanal. Assoc.*, 44 (supplement): 157-191.

- Beebe, B. y Lachmann, F.M. (1994). Representation and internalization in infancy: Three principles of salience, *Psychoanalytic Psychology*, 5: 305-337.
- Beebe, B. y Lachmann, F.M. (2002). *Infant Research and Adult Treatment: Co-constructing Interactions*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Benjamin, J. (1988). *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism and the Problem of Domination*. Nueva York: Pantheon.
- Benjamin, J. (1995). What angel would hear me?, en *Like Subjects, Love Objects*, New Haven y Londres: Yale University Press.
- Benjamin, J. (1996). In defense of gender ambiguity, *Gender and Psychoanal*, 1: 27-43.
- Benjamin, J. (1998a). *Shadow of the Other: Intersubjectivity and Gender in Psychoanalysis*, Nueva York y Londres: Routledge.
- Benjamin, J. (1998b). *The marriage of heaven and hell. Intersubjectivity and sexuality*, trabajo presentado en la División 39 de Psicoanálisis de la American Psychological Association, Boston, abril de 1998.
- Benjamin, J. (1999). Afterword: Recognition and destruction, en S. A. Mitchell y L. Aron (eds.), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition*, Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Benjamin, J. (2002). The rhythm of recognition: Comments on the work of Louis Sander, *Psychoanalytic Dialogues*, 12: 43-54.
- Brennan, T. (1992). *The Interpretation of the Flesh*, Nueva York y Londres: Routledge.
- Chodorow, N. (1976). *The Reproduction of Mothering*, Berkeley: University of California Press.
- Christiansen, A. (1993). *Masculinity and its vicissitudes*, trabajo presentado en el Seminario sobre Psicoanálisis y Diferencia Sexual, New York Institute for Humanities, New York University.
- Coates, S., Friedman, R. y Wolfe, S. (1991). The etiology of boyhood gender disorder, *Psychoanalytic Dialogues*, 1: 481-524.
- Corbett, K. (1996). Homosexual boyhood: Notes on girlyboys, *Gender and Psychoanalysis*, 1: 429-462.
- Davies, J.M. (2001). Erotic over-stimulation and the co-construction of sexual meanings in transference-countertransference experience, *Pschoanal. Quart.*
- Dimen, M. (2003). *Sexuality, Intimacy and Power*, Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Dinnerstein, D. (1977). *The Mermaid and the Minotaur*, Nueva York: Other Books, 2000.
- Eigen, M. (1993). *The Electrified Tightrope*, Northvale, NJ: Aronson.
- Elise, D. (2001). Unlawful entry: male fears of psychic penetration, *Psychoanal. Dialogues*, 11: 499-531.
- Fonagy, P. y Target, M. (1996). Playing with reality, *Int. J. Psychoanal.* 77: 217-233.
- Freud, S. (1896b). Further remarks on the neuro-psychoses of defence, *S.E.*, 3: 162-186.

- Freud, S. (1920g). Beyond the Pleasure Principle. *S.E.*, 18.
- Freud, S. (1924d). The dissolution of the Oedipus complex, *S.E.*, 19: 159-172.
- Freud, S. (1925j). Some psychical consequences of the anatomical distinction between the sexes, *S.E.*, 19: 248-260.
- Freud, S. (1926d). Inhibitions, symptoms and anxiety, *S.E.*, 20.
- Freud, S. (1931b). Female sexuality, *S.E.*, 21: 225-246.
- Freud, S. (1933a). New introductory lectures on psychoanalysis: Femininity, *S.E.*, 22: 112-135.
- Ghent, E. (1990). Masochism, submission, surrender, *Contemp. Psychoanal.*, 25: 169-211.
- Greenson, R. (1968). Dis-identifying from mother: Its special importance for the boy, *Int. J. Psychoanal.*, 49: 370-374.
- Grossman, D. (2001). *Be My Knife*, Nueva York: Farrar, Strauss y Giroux.
- Horney, K. (1926). The flight from womanhood, en *Feminine Psychology*, Norton, 1967.
- Laplanche, J. (1989 [1987]). *New Foundations for Psychoanalysis*, trad. al inglés por D. Macey, Oxford y Cambridge, Ma: Basil Blackwell.
- Laplanche, J. (1992). *Seduction, Translation, Drives*, ed. por J. Fletcher y M. Stanton, Londres: Institute of Contemporary Arts.
- Laplanche, J. (1995). Seduction, persecution and revelation, *Int. J. Psychoanal.*, 76: 663-682.
- May, R. (1986). Concerning a psychoanalytic view of maleness, *Psychoanal. Rev.*, 73: 175-193.
- McDougall, J. (1989). *Theaters of the Body*, Nueva York: Norton.
- McDougall, J. (1996). *The Many Faces of Eros. A Psychoanalytic Exploration of Human Sexuality*, Nueva York: Norton.
- Mitchell, S. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis*, Cambridge: Harvard University Press.
- Ogden, T. (1987). The transitional oedipal relationship in female development, *Int. J. Psychoanal.*, 68: 485-498.
- Silverman, K. (1990). Historical trauma and male subjectivity, en E. A. Kaplan (d.), *Psychoanalysis and Cinema*, Nueva York: Routledge.
- Sander, L. (2002). Thinking differently: principles of process in living systems and the specificity of being known, *Psychoanal. Dial.*, 12: 11-42.
- Stein, R. (1998). The poignant, the excessive and the enigmatic in sexuality, *Int. J. Psychoanal.*, 79: 253-268.
- Stoller, R. (1975). *Perversion: The Erotic Form of Hatred*, Nueva York: Pantheon.
- Stoller, R. (1980). *Sexual Excitement*, Nueva York: Simon y Schuster.

Original recibido con fecha: 9-3-2012 Revisado: 30-4-2012 Aceptado para publicación: 20-6-2012

NOTAS

¹ Texto de la conferencia leída por la autora en Sevilla, 14 de Abril 2012, en la 3ª Reunión anual de IARPP España / II Jornadas de Psicoanálisis Relacional (Instituto de Psicoterapia Relacional). Traducción al castellano de Luis Sandoval Silva para IARPP España, con la autorización de la autora para su traducción y publicación.

² Psicoanalista en práctica privada en Nueva York. Supervisora del Programa de Formación Postdoctoral en Psicoanálisis y Psicoterapia de la Universidad de Nueva York. Profesora del Programa de Formación en Psicoanálisis Relacional del Stephen A. Mitchell Center (Nueva York). Autora de destacadas obras, entre ellas: *The bonds of love: Psychoanalysis, feminism, and the problem of domination* (New York, NY: Pantheon, 1988); *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference* (New Haven, CT: Yale University Press, 1995) y *Shadow of the Other: Intersubjectivity and Gender in Psychoanalysis*. (New York: Routledge, 1998)

³ Se ha aceptado generalmente que para la constitución del sujeto masculino resulta necesaria la desidentificación con la madre. Sin embargo, conforme van siendo explorados los efectos de las formas tradicionales que asume la desidentificación del niño varón, nos preguntamos: ¿Realmente sucede en una etapa tan temprana como Greenson y Stoller sugieren? ¿Está marcada desidentificación es verdaderamente patogénica y no esencial? (Benjamín, 1996; Corbett). En trabajos anteriores he abogado, al igual que Aron, Bassin y May, que la renuncia a las identificaciones con órganos sexuales y comportamientos asociados al otro sexo (como propone Fast, 1982), no es indispensable para una consolidación de la propia identidad. Ni siquiera ofrece, necesariamente, una buena base para la integración de la subjetividad y la actividad sexual. Más bien al contrario, la subjetividad sexual se ve incrementada por la identificación con la experiencia corporal del otro. Desde luego, la capacidad para contener dentro de uno la tensión, y no disociar objetivos y actitudes complementarias –la capacidad para lo que he denominado complementariedad de género post-convencional– nos permite jugar y tratar como metáforas los aspectos corporales concretos de los roles sexuales. La ausencia de dicho desarrollo más allá del repudio edípico del lado “femenino” pasivo de la complementariedad de género sienta las bases de la angustia en relación a la unión sexual, con su disposición a evocar deseos reprimidos de fusión y renuncia. Muy al contrario de lo que dicta la sabiduría popular acerca de la masculinidad, una identificación más positiva con una madre sostenedora o los órganos receptivos, puede hacer disminuir las ansiedad heterosexual masculina.